

---

## ACTO SEGUNDO

---

El teatro representa la cámara de recepciones de la Emperatriz en el Alcázar de Toledo. El decorado será lujoso y acomodado al gusto de la época, así como los muebles y tapices que adornen la sala. En primer término, á la derecha, un sillón y una mesa, aferrados en terciopelo, y con las armas de Austria bordadas en ellos. Una puerta en el fondo y otra en el lateral derecho. A la izquierda, en primer término, un balcón practicable; en segundo, una puerta. Al levantarse el telón, aparecen en escena Damas y Caballeros en traje de corte, reunidos en grupos y hablando entre ellos. La puerta del fondo será de dos hojas, y estará abierta de par en par.

### ESCENA PRIMERA

CORO GENERAL DE CORTESANOS; luego EL  
MARQUES DE MONTILLA, al final LEONOR

### MÚSICA

- UNOS. No haya duda: ya la cosa es clara.  
¡Quién creyese, quién imaginara,  
que tal hecho iba á ocurrir,  
que Gandía se prendara  
de la Emperatriz!
- OTROS. Pues se sabe toda la aventura,  
y ya es cosa dada por segura,

y la voz de ello corrió,  
y en voz baja se murmura  
todo lo que allí pasó.

UNOS. ¿Y la reina?

OTROS. Dicen que también le adora,  
y que, en el silencio, su pasión devora.

TODOS. Pero bajemos la voz,  
que es muy peligroso ahora  
el hablar de esta cuestión.

(Entra Montilla por el fondo, y al ver á los Cortesanos se dirige hacia ellos.)

MONT. ¡Señores!...

CORO. ¡Montilla!  
El lo debe de saber.  
Que lo cuente.

MONT. ¿Qué, señores?

CORO. Lo de anoche; ¿qué ha de ser?  
Contadnos el suceso;  
contadnos cómo fué.  
A nadie lo diremos.

MONT. Hablad, señor Marqués.  
¡Contarlo! (Ap.) De seguida  
el lance cuento yo,  
para que luego el Duque  
me rompa el esternón.  
(Alto.) Nada sé.

CORO. ¿Estáis seguro?

Pues ya dan en creer,  
que al ver furioso al Duque,  
echásteis á correr.

MONT. Es falso. Yo á su encuentro  
con valor me dirigí.

CORO. ¡Vos, señor Marqués!...

MONT. ¡Yo mismo!

CORO. ¿Vos mismo?

MONT. ¡Yo mismo, sí!

CORO. Hay quien afirma  
que acobardado,  
os ocultásteis  
bajo un sillón,  
y que rogábais,  
y que temblábais.

MONT. ¿Quién? ¡yo!...

CORO. Vos mismo.

MONT. ¿Yo mismo?

CORO. Vos.

MONT. Eso no es cierto.

CORO. Sólo al nombráros  
el triste lance  
que allí pasó,  
estáis nervioso,  
y estáis temblando.

MONT. ¿Quién? ¡yo!...

CORO. Vos mismo.

MONT. ¿Yo mismo?

CORO. Vos.

Creemos veros como una liebre  
que huye los tiros del cazador,  
buscando sitio, para ocultaros,  
entre las patas de aquel sillón.

Era chistosa  
la posición.

MONT. Es horrorosa  
mi situación.

CORO. Qué posición.

MONT. Qué situación.

TODOS. Ya saben todos  
lo del sillón.

(El Coro se retira lentamente hacia el fondo, repitiendo la última frase. Montilla queda en primer término como avergonzado. Entra Leonor por la izquierda, y al ver á Montilla, se dirige hacia él. Este levanta la cabeza; ve á Leonor, y hace un ademán de disgusto.)

## ESCENA II

LEONOR y EL MARQUES DE MONTILLA; al final  
EL CONDE DE UBEDA

### HABLADO

- MONT. (Aparte.)  
¡Leonor!... ¡No hay duda que  
mis males se han de colmar  
hoy!... ¡Si pudiese escapar!...  
(Como tratando de encontrar por dónde irse, sin ser  
visto de Leonor.)  
(Leonor, que ha visto á Montilla, se dirige hacia él.)
- LEONOR. ¡Marqués!...
- MONT. ¿Por dónde me iré?
- LEONOR. ¡Oid!
- MONT. (Turbado.) Me esperan, Duquesa,  
y yo... (Tratando de excusarse.)
- LEONOR. Necesito hablaros.
- MONT. ¿A mí? (Aparentando sorpresa.)
- LEONOR. Para preguntaros  
algo que á mi honra interesa,  
y cumple á vuestra hidalguía.
- MONT. Decid. (Ap.) Nada; no me escapo.  
Me va á poner como un trapo,  
la Duquesa de Gandía.
- LEONOR. Anoche, en la horrible escena  
que la infamia provocó  
en mi quinta, cuando yo,  
loca de angustia y de pena,  
y con el rostro cubierto  
me ocultaba, y vos me visteis,  
al mirarme, supusisteis  
que era otra mujer. ¿No es cierto?
- MONT. Excusad mi turbación;  
mi audacia... Yo no pensaba..
- LEONOR. Y debe ser, la que daba  
margen á tal confusión  
una dama de alta prez,

- pues logró un triunfo completo.
- MONT. ¿Cuál?
- LEONOR. Convertir en respeto  
vuestra insultante embriaguez.
- MONT. ¡Duquesa!... (Confuso.)
- LEONOR. Humilde la hablásteis,  
y un nombre, el suyo, al oído  
dijisteis de mi marido.
- MONT. ¿Yo?... (Tratando de negar.)
- LEONOR. ¿Qué nombre pronunciásteis?
- MONT. Pero...
- LEONOR. Eso quiero saber.
- MONT. (Aparte.)  
¡Pues la respuesta es sencilla!
- LEONOR. Señor Marqués de Montilla,  
el nombre de esa mujer.  
(Ademán de interrupción y negativa en Montilla.)  
¿Negáis? (Con cólera.)
- MONT. No; si no es que niego;  
es que estáis en un error.  
(Con tono vacilante, y como si no acertara con lo que  
dice.)  
Vencido por el licor,  
desatentado... ciego...  
avancé, para arrancar  
la máscara que os cubría...  
pero ante la... villanía,  
que iba con vos á intentar...  
mi embriaguez se disipó...  
respetuoso os hablé...  
con el Duque me excusé...  
y... ahí tenéis lo que pasó.
- LEONOR. ¿Conque mi juicio se inspira  
en un error? (Con ironía.)
- MONT. De seguro.
- LEONOR. ¿Me equivocaba?
- MONT. Os lo juro.
- LEONOR. (Con energía.)  
Pues juráis una mentira.
- MONT. ¡Señora!...
- LEONOR. ¡Mentira, sí!
- MONT. ¡Yo mentir! (Ap.) ¡Estoy sudando!

LEONOR. ¡Vos, Marqués, que estáis negando lo que con mis ojos vi!...  
¡Vos, que si al Duque llegarais, y sólo excusas le diérais, ni su despecho encendiérais, ni su furia provocárais!  
Furia cuya explicación se encuentra en que habéis osado á una mujer que ha logrado reinar en su corazón.  
¡Con qué orgullo la amparaba!...  
¡Parece que no sabía, ni el ultraje que me hacía, ni el dolor que me causaba!...  
¡Y aún, de vuestro honor en mengua, negáis! (Con desprecio.) ¡Cuánta indignidad!

MONT. (Ap.) Y si digo la verdad, me arranca el otro la lengua.  
(Alto.) Yo... no ha sido mi intención ofenderos... Perdonadme...  
Digo la verdad.

LEONOR. (Con desprecio.) ¡Dejadme!  
(Se aparta de Montilla.)

MONT. (Ap.) ¡Pues señor, vaya un sofión!  
Y váyase, que mi estrella es bien dura y bien cruel: malo, si topo con él; malo, si encuentro con ella; que en este caso azaroso, ya no sé qué es peor cosa: si la lengua de la esposa, ó la espada del esposo.  
¡Si ahora tuviese más suerte para huir!... (Se dirige despacio hacia el fondo.)  
(Entra Ubeda por la izquierda, y, al ver á Leonor, se detiene.)

LEONOR. (Con angustia.) ¿Será posible esta espantosa y horrible duda que me da la muerte?... (Llora.)

UBEDA. (Aparte. Por Leonor.)

¡Llora! (Se acerca á Leonor sin ser visto.)

LEONOR. ¡La verdad! ¡A mí

no han de decirme, no! (Con desesperación.)

UBEDA. (Ap.) ¿Y si os la dijera yo?

LEONOR. ¿Quién?... ¿Vos, Ubeda? (Reconociéndole.)

UBEDA. Yo, sí.

(Mientras Ubeda se dirige á Leonor y habla con ella, Montilla ha conseguido ganar la puerta del fondo, no sin volver antes la cabeza para cerciorarse de que Leonor no le observa.)

MONT. (Ap.) La puerta logré ganar.  
¡Qué mujer!... ¡qué desazón!  
¡Dios me niegue su perdón, si me vuelvo á emborrachar!  
(Sale por el fondo.)

### ESCENA III

LEONOR y EL CONDE DE UBEDA

UBEDA. ¿Os extraña que yo sea quien me brinde á lo que ansía vuestro afán? (Con ironía.)

LEONOR. (Con altivez.) Me extrañaría, si lo que mi afán desea fuese un bien; mas siendo agravios lo que busco, siendo un mal lo que espero, es natural que lo traigan vuestros labios.

UBEDA. No siempre agravios dijeron estos labios, Leonor; también hablaron de amor, y desatendidos fueron.

LEONOR. ¡Conde! (Con altivez.)

UBEDA. (Con sarcasmo.) ¿Acaso lo ignoráis?

LEONOR. Lo sé; por eso no extraño, ni lo que hacéis en mi daño, ni el odio que me mostráis.

UBEDA. ¡Qué os odio!... (Con pasión.)

LEONOR. No lo neguéis.

¡Si vuestro odio es mi esperanza!  
Por lograr vuestra venganza contra mí, disiparéis

todas las dudas que abrigo.  
UBEDA. ¡Duquesa!...  
LEONOR. Nadie mejor,  
para alumbrar el dolor,  
que el odio de un enemigo.  
UBEDA. Sí lo haré. Habéis destrozado  
mi ventura, y mi odio espera  
volveros algo siquiera  
del mal que me habéis causado.  
Por vos perdí mis mejores  
dichas; por las vuestras vengo.  
LEONOR. ¿Y no lo negáis?  
UBEDA. No; tengo  
el valor de mis rencores.  
Ni los niego, ni os engaño.  
Tal como soy me presento.  
Me afrentásteis, y os afrento;  
y os vuelvo daño por daño,  
y aumento vuestro dolor,  
y acrecienta vuestra herida,  
¡yo, que os daría la vida  
por una frase de amor!...  
LEONOR. No habléis de amor; ni yo quiero  
inspirar tal interés,  
ni he de escucharos, ni eso es  
lo que oír de vos espero.  
UBEDA. ¿Queréis que yo...? (En tono de amenaza.)  
LEONOR. ¿A qué dudáis?  
¿No vinisteis á eso aquí?...  
¿Mi esposo me engaña...!  
UBEDA. Sí.  
LEONOR. ¿Con quién? (Con reprimido enojo.)  
UBEDA. ¿No lo adivináis?  
¿No visteis por vuestros ojos  
su liviandad, sus placeres?  
LEONOR. Aquellas viles mujeres,  
vendidas á los antojos  
del Duque, no pueden ser  
origen de mis recelos.  
Ellas no me inspiran celos.  
A esas siervas del placer,  
á esos girones de orgía,

no les concede valor  
en competencias de amor,  
la Duquesa de Gandía.  
No es eso: vos me dijisteis  
que el Duque ciego adoraba  
á...  
(Se detiene como aterrada por lo que va á decir.)  
¡Dios mío! (Con angustia.)  
(Con ansiedad.) ¿Os engañaba  
el rencor?  
UBEDA. ¡No!  
LEONOR. (Con angustia.) ¿No mentísteis?  
UBEDA. La verdad dije.  
LEONOR. (Con desesperación.) ¡Infeliz  
de mí!...  
UBEDA. (Con rencor, aparte.) ¡Herida por herida!  
LEONOR. ¿Y esa mujer tan querida  
es...? (Deteniéndose con espanto.)  
UBEDA. ¡Ella!  
LEONOR. ¡La Emperatriz!...  
¿Pero eso es cierto?...  
UBEDA. Señora,  
¿tanta es vuestra ceguedad,  
que no visteis la verdad  
de esa pasión hasta ahora?  
¿Nunca os fijásteis en él?  
¿No advertísteis que Gandía,  
cuanto emprende, cuanto ansía,  
lo hace por doña Isabel?  
¿No sabéis que tras su huella  
va siempre, y sólo es feliz  
cuando ve á la Emperatriz  
ó cuando encuentra con ella?  
¿No veis que sufre, que lucha  
y que por su amor delira?  
¿No observáis cómo la mira?  
¿No miráis cómo la escucha?...  
Pues alma que da sostén  
apasionados recelos,  
ojos que alumbran los celos  
y que tales cosas ven,  
son ciegos si todavía

no saben por qué ha perdido  
el amor de su marido  
la Dupuesa de Gandía.

(Leonor oculta el rostro entre las manos. Breve  
pausa.)

LEONOR. ¡Por ella olvida su fama,  
y me desprecia!... (A Ubeda.) ¿Verdad?  
(Ubeda inclina la cabeza, sin responder.)

¡Calláis!... ¿Por qué?

UBEDA. (Con sarcasmo.) ¡Por piedad!

LEONOR. (Con fiera.)  
¡No la pido! Y ella... ¿le ama?

UBEDA. Si al Duque otorga favor,  
tan bien procura esconderlo,  
que sólo pueden saberlo  
Dios, ella y su confesor;  
pero aun no sabiendo nada,  
vuestros celos os dirán  
que siendo el Duque galán,  
y estando ella abandonada,  
no es raro que en su camino  
existan puntos de unión,  
y que enlace la pasión  
lo que separó el destino.

LEONOR. ¡Pobre de mí! (Con desesperación.)

UBEDA. Vos también

sola y desvalida estáis;  
y, perdido, contempláis  
vuestro más seguro bien.  
También os toca llorar  
un incurable dolor;  
y llorarlo sin amor,  
porque no podéis amar  
á quien os roba la calma,  
á quien mancha vuestro nombre,  
mientras yo...

LEONOR. (Con asombro.) ¿Qué dice este hombre!  
(Con pasión.)

No; le amo con toda mi alma:  
tanto, que tengo presente  
su traición, que os he escuchado,  
y digo de mí, he soñado:

y de vos, ¡este hombre miente!

UBEDA. ¿No me creéis?

LEONOR. Será extraño  
que el odio á mentir se atreva.

UBEDA. No miento.

LEONOR. Dadme una prueba.

UBEDA. Tantas para vuestro daño  
tengo, y para mi fortuna,  
que me es fácil; á placer  
entre todas, escoger,  
y voy ofreceros una.

LEONOR. ¿En este momento?

UBEDA. ¡Sí!

La corte saliendo está  
de la capilla, y vendrá  
dentro de un instante aquí;  
oid lo que se murmura;  
ved lo que pueda ocurrir;  
y si tras de ver y oír,  
aún me tacha de impostura  
vuestra insensata ceguera,  
declaro que soy un necio,  
que no es digno de desprecio  
ni de lástima siquiera.

LEONOR. ¡Lo veremos! (Con energía.)

UBEDA. ¿No tembláis?

LEONOR. ¿Por qué?

UBEDA. Si yo, Leonor,  
acierto, ¡ay de vuestro amor!

LEONOR. ¡Ay del suyo si acertáis!...  
(Leonor sale por la izquierda.)

#### ESCENA IV

EL CONDE DE UBEDA; al final CORO GENERAL  
DE CORTESANOS

#### MÚSICA

UBEDA. Amor que en mí naciste  
y mi alma acarició,

esa mujer ingrata  
en odio te troc6.  
En odio, que á ella alcanza,  
y que á saciarse va  
su llanto haciendo eterno  
y eterno su pesar.  
Tal mi afán es  
aun cuando deba  
morir después.  
¡El y ella! yo he de verlos  
sin dicha y sin amor,  
perdida la esperanza,  
herido el corazón.  
Afrenta por afrenta,  
ajeno á la piedad  
su muerte pague mi odio,  
su llanto mi pesar;  
tal mi afán es,  
aun cuando deba  
morir despues.

(Entran por el fondo los Cortesanos, que se dividen en dos hileras. Ubeda se retira por la derecha, á tiempo que entran por el fondo la Emperatriz y Fray Juan. La Emperatriz toma asiento en el sill6n. Fray Juan queda en pie á un lado. Los Cortesanos, cuando lo indique la situaci6n, pasan por delante de la reina, inclinándose delante de ella.)

### ESCENA V

LA EMPERATRIZ ISABEL, FRAY JUAN y CORO  
DE CORTESANOS

CORO. (Entrando.)

Acudamos con respeto  
á la reina á saludar.  
¡Dios otorgue sus mercedes  
á su augusta majestad!

(Entran la Emperatriz y Fray Juan precedidos de cuatro Pajes, que quedan en la puerta del fondo.)

Que los cielos la concedan  
la ventura y el favor.

Que su gloria y sus virtudes,  
con sus dones premie Dios.

(La reina toma asiento, y los Cortesanos dan la vuelta por delante de ella.)

(Bajo.)

No hay duda de que ella está enamorada.

Vése su tormento claro en su mirada,  
en su intensa palidez.

Mas prudencia, que conviene  
en palacio mudos ser.

(Alto.)

Acudamos con respeto  
á la reina á saludar.

¡Dios otorgue sus mercedes  
á su augusta majestad!

(El Coro, luego de saludar á la Emperatriz, se retira por el fondo. También lo hacen los Pajes.)

### ESCENA VI

LA EMPERATRIZ ISABEL y FRAY JUAN

#### HABLADO

- EMP. ¿De qué sirve el sacrificio  
de una vida consagrada  
al deber? ¿De qué me sirve  
haber inmolido en aras  
de mi conciencia de esposa,  
ilusiones y esperanzas,  
si el eco de una calumnia  
que la injusticia propala,  
hace que se desvanezcan,  
entre burlas cortesanas,  
respeto, virtud, decoro,  
opinión, prestigio y fama? (Con desesperaci6n.)
- F. JUAN. ¿Y qué importa el sufrimiento?  
¿Qué importa derramar lágrimas,  
si al término del combate  
está Dios para enjuagarlas?
- EMP. Ni el desengaño me aterra,

ni la angustia me acobarda.  
¡Vos lo sabéis, padre mío;  
sacerdote á cuyas plantas,  
en horas de penitencia  
de par en par abro mi alma!

F. JUAN. Porque lo sé, estoy seguro  
de que triunfaréis.

EMP. No es tanta  
mi fe... Mi valor se rinde;  
mi fortaleza se acaba.

F. JUAN. ¿Vos retroceder?

EMP. Yo, padre.  
¿Cómo queréis que no lo haga,  
si tras las horribles luchas  
que mi espíritu desgarran,  
la injusticia me persigue,  
y la compasión me falta?...

F. JUAN. ¡Señora!...

EMP. ¿No lo escuchásteis  
cómo yo?... Anoche en la casa  
del Duque, en su casa misma,  
por más escarnio, rodaba  
mi nombre mezclado al eco  
de una sospecha insensata;  
y hoy en la iglesia, en palacio,  
en el umbral de mi cámara,  
las mujeres, con sus risas;  
los hombres, con sus miradas;  
la corte, en fin, que el suceso  
se repetía en voz baja,  
á la calumnia asentía,  
y de mi honra murmuraba.

F. JUAN. ¿Y eso os perturba, y os rinde,  
y os detiene en la sagrada  
obligación que os impone  
vuestra existencia sin tacha?

EMP. ¡Fray Juan!...

F. JUAN. Hasta ahora vencísteis  
siempre; de vencer se trata  
hoy también.

EMP. ¿Cómo?

F. JUAN. Quitando

á la calumnia sus armas.

EMP. ¿Puedo hacer más? En mi pecho  
mi amor escondido se halla,  
como oculta en el del Duque  
su pasión; pasión que trata  
de vencer, hasta arrojando,  
por mejor disimularla,  
sombas de libertinaje  
sobre su nombre y su fama.  
¿Qué más hacer de lo que hago?  
¿Ni qué más pedirle que haga?  
Vos, que conocéis al Duque;  
que habéis educado su alma  
de niño, sabéis que es noble,  
que con su amor no me agravia,  
que sufre, como yo sufro,  
y como yo callo, calla;  
y sabéis que yo muriera  
antes que su amor dejara  
en mi recuerdo una culpa,  
y en mi conciencia una mancha.

F. JUAN. Lo sé; y sabiéndolo, os digo  
y os repito: eso no basta;  
porque la calumnia es diestra;  
en una duda hay sobrada  
razón para sus ataques;  
y esa duda hay que evitarla.

EMP. ¿Cómo?

F. JUAN. Ensanchando el abismo  
que de Gandía os separa.  
Sed con él severa, injusta,  
cruel.

EMP. ¡Impiedad tamaña  
con quien nunca me ha ofendido!

F. JUAN. Vuestro deber la reclama.

EMP. Pues reclama un imposible.

F. JUAN. Con imposibles batalla  
la virtud. Es necesario.  
Para las almas cristianas,  
no hay dolor que no se venza,  
si de la virtud se trata.  
No dudéis; del sacrificio



más duro, broto una santa  
alegría.

EMP.                   ¿Cuál?... Ninguna.  
F. JUAN. La más grande; la que embarga  
al mártir cuando sonríe  
en la cruz, donde le clavan,  
porque tiene á Dios al lado,  
y al cielo por esperanza.  
¿Qué vale ante eso el tormento  
de una vida entera?

(La Emperatriz permanece algunos momentos con la  
frente hundida entre las manos; después levanta la  
cabeza.)

EMP.                   (Con valor y resignación.) ¡Gracias!...  
Vuestro consejo, el camino  
que debo seguir, me traza.  
Lo seguiré, aunque la muerte,  
el seguirlo, me costara.  
(Entra un Hujier por el fondo.)

### ESCENA VII

LA EMPERATRIZ ISABEL, FRAY JUAN y el  
HUJIER; al final EL DUQUE DE GANDIA

HUJIER. ¡Señora! (Desde el fondo.)

EMP.                   ¿Qué?

HUJIER.                   El señor Duque  
de Gandía, en la antecámara  
aguarda vuestra licencia  
para entrar.

EMP.                   (Con angustia.) ¡El!...

F. JUAN. (Acercándose á la Emperatriz. Bajo.)  
                                          ¡Señora!...

EMP.                   (A Fray Juan. Bajo.)                   Nada.  
                                          temáis. (Al hujier.)  
                                          Que entre.

(Sale el hujier por el fondo.)

(A Fray Juan.)                   Por vos mismo  
vais á juzgar de lo que haga.

(Entra el Duque de Gandía por el fondo, donde se de-  
tiene, inclinándose respetuosamente.)

### ESCENA VIII

LA EMPERATRIZ ISABEL, EL DUQUE DE  
GANDIA y FRAY JUAN

EMP.                   (Ap.) ¡Dios mío! (Alto.) Llegáis muy tarde.  
                                          á palacio esta mañana.

DUQUE.               ¡Señora!...

EMP.                   Y me causaríais  
sorpresa vuestra tardanza,  
de no haber supuesto que era  
natural que quebrantara  
su deber de cortesano  
quien todo deber quebranta.

DUQUE.               (Ap.) ¿Por qué habla así? (Con sorpresa.)

F. JUAN. (Aparte.)                   ¡Pobre mártir!

DUQUE.               ¿Decís que yo...? (A la Emperatriz.)

EMP.                   Digo que anda  
vuestro nombre confundido

á vergonzosas hazañas,  
y os advierto, porque de algo  
esta mi advertencia os valga,  
que, mientras don Carlos rija  
los asuntos de Alemania,  
y yo, por ausencia suya,  
regente el trono de España,  
no he de consentir que nadie  
olvide su más sagrada  
obligación, el respeto  
que debe á su soberana.

DUQUE.               ¡Que no os respeto decís!...

                                          ¡Yo!... (Con desesperación y sorpresa.)

EMP.                   Poca avenencia guarda  
con el respeto, quien sigue  
una conducta insensata,  
y el rumor de sus escándalos  
hasta el pie de mi trono alza.

DUQUE.               (Con asombro.)

                                          ¿Tal creéis?... ¿Pero es posible  
que vos injusticia tanta  
cometáis?... (Con desesperación y energía.)

EMP. ¡Gandía!...

(Con majestad é imperio.)

F. JUAN. (Bajo al Duque.) ¿Qué haces?

DUQUE. (A la Emperatriz.) Perdonad si las palabras, en forma irrespetuosa, de entre mis labios se escapan; pero es que yo necesito deciros que nadie iguala en sumisión y en respeto á quien ahora ante vos se halla; que os miro, no como á reina; no como á un Dios, á quien se habla con lo rodilla en el suelo, y en el suelo la mirada; que si mi lengua ó mis ojos, irreverentes, llegaran, no á ofenderos, á dar pábulo á una sospecha, á una infamia, estos ojos me quitase, y esta lengua me arrancara.

(Con pasión.) Creedlo, y sabed, señora, que no ofende, que no agravia, quien, como yo, en admiraros pone su ambición más alta, y á gusto por vos daría vida, honor, conciencia y alma; porque vos sois... (Reprimiéndose.)

¡Sois mi reina,

y es mi obligación el darlas por vos, y á vos os los traigo, y los pongo á vuestras plantas!

(El Duque se arrodilla á los pies de la Emperatriz.)

EMP. Alzad, Duque. (Conmovida.)

DUQUE. Perdonadme antes, si queréis que lo haga.

EMP. ¡Perdonaros!

(Reiterando al Duque la orden de levantarse con un gesto, y procurando conservar la serenidad.)

Tened cuenta con lo que hacéis; pond tasa, primero, á vuestras locuras,

porque pueden ser infamias las locuras cuando llegan, por ceguedad temeraria, á la dignidad de un nombre y al concepto de una dama.

(Vuelve la espalda al Duque, y se dirige á la derecha.)

DUQUE. (Ap.) ¿Qué dice?

(Dirigiéndose hacia la Emperatriz.)

¡No, no es posible que de mí supongáis...!

EMP. (Interrumpiéndole, con majestad.) ¡Basta!

(Sale por la puerta de la derecha, sin volver la cabeza.)

### ESCENA IX

#### EL DUQUE DE GANDÍA y FRAY JUAN

DUQUE. ¿Qué es esto?... ¿Qué la hice yo para que me trate así?...

(A Fray Juan.) ¿Acaso ella sabe...?

F. JUAN. ¡Sí!

DUQUE. ¿Lo que en mi quinta pasó, lo que una lengua cobarde dijo en voz baja á mi oído?...

F. JUAN. La Emperatriz lo ha sabido.

DUQUE. (Con fereza.) ¡Yo atajaré el mal!

F. JUAN. Es tarde, y nada podrás hacer. Cuando la calumnia da un paso, ¿quién logra ya su carrera detener?...

DUQUE. Quien conoce, como yo, al calumniador, ¿quién puede hacer que en silencio quede el que esa infamia inventó?

F. JUAN. ¿Y podrás? (Con tristeza.)

DUQUE. (Con energia.) ¿Vos lo dudáis?

F. JUAN. ¿Como el labio que mancilla, se detiene?

DUQUE. Es muy sencilla acción. ¿No lo adivináis?... Pues la explicación es clara y fácil. Busco al traidor, le arrojo su deshonor y mi desprecio á la cara; le llamo á gritos, ¡villano! Mi cólera le provoca, con el agravio en la boca y con el hierro en la mano; dirimimos la cuestión brazo á brazo, espada á espada, le tiendo de una estocada en medio del corazón; y su silencio asegura, su cuerpo al rodar sin vida, que la boca de una herida, ni calumnia, ni murmura.

F. JUAN. ¡Insensato! ¿y así esperas á la Emperatriz salvar?

DUQUE. De ese modo.

F. JUAN. Con matar á un hombre, ¿qué consigieras?

DUQUE. La calumnia detener.

F. JUAN. Te engañas. Darle sería más alientos todavía.

DUQUE. ¡Qué hacer entonces, qué hacer! Pronto; decidlo señor; ved si de salvarla hay modo.

F. JUAN. ¿Tú te hallas dispuesto?...

DUQUE. A todo.

¿No contempláis mi dolor? Todo por ella lo ofrezco. Si para salvarla, existe un medio, y en mí consiste, decidlo, y os obedezco sin vacilar; en seguida; si su dignidad reclama mi fama, entrego mi fama; y si mi vida, mi vida.

F. JUAN. Pues bien; si resuelto estás á cumplir tan noble intento,

sal de la corte al momento y no la veas jamás.

DUQUE. (Con espanto.)

¡No!... ¿Qué habéis dicho?

¿Qué horrible

pretensión abrigáis?...

F. JUAN. (Con severidad.)

¡Qué!

¿Te niegas?

DUQUE. (Con decisión.) Nunca lo haré.

¡No verla más...! ¡Imposible!...

F. JUAN. ¿Así cede tu valor,

y tu fe se desvanece?...

¡Y eres tú, ¡tú! quien ofrece

por ella, vida y honor!...

DUQUE. Todo; no me vuelvo atrás.

Vida, y honra, y fama, sea.

¡Pedirme que no la vea,

es pedirme mucho más!

F. JUAN. Pues mira, que puede ser

indigno de un caballero,

poner su pasión, primero,

que el honor de una mujer.

DUQUE. ¡Fray Juan!

F. JUAN. En la infamia toca

tu egoismo; ni la quieres,

ni digno de piedad eres,

por tu negativa loca. (Se dirige á la derecha.)

Adiós, y que el cielo olvide

tu culpa.

DUQUE. ¡Mi culpa!...

F. JUAN. Adiós.

Te dejo á solas con Dios.

A solas con Él decide.

(Fray Juan sale por la derecha.)

## ESCENA X

EL DUQUE DE GANDIA y EL MARQUES DE MONTILLA; al final EL CONDE DE UBEDA

DUQUE. ¡Huir!... ¿Cómo si me atrae su amor, si en sus ojos brilla

toda mi luz!...  
(Entra Montilla por el fondo; al ver al Duque, hace ademán de retirarse, y en su precipitación, tropieza con un mueble. Al ruido que hace, el Duque levanta la cabeza, ve á Montilla, y se dirige hacia él.)

¿Quién? ¡Montilla!

(Con feroz alegría.)

Dios á mi encuentro le trae.

MONT. (Ap.) ¡Caf!... (Asustado.)

DUQUE. (A Montilla.) Un crimen cometisteis anoche; á la reina osásteis. Sois vil si el hecho inventásteis; traidor si lo repetisteis.

MONT. ¡No fué mía la invención! (Con terror.)

DUQUE. ¿No? (Con impaciencia.)

MONT. (Con angustia.) No.

DUQUE. Pues decidme el nombre

del miserable, del hombre que osó á tan villana acción.

Decidme quién es; nombradlo, y mi perdón os concedo.

MONT. Sería indigno... No puedo decirlo.

DUQUE. (Con tono amenazador.)

Entonces, calladlo; pero mirad lo que hacéis, pues si su nombre ocultáis, el puesto suyo tomáis, y por él me respondéis.

MONT. (Ap.) ¡Demonio! (Alto.) ¡Escuchadme!

(Con acento de temor y de súplica.)

(Aparte.) ¡Este hombre es una fiera!

(El Duque sujeta á Montilla por el brazo.)

DUQUE. (Con cólera.) ¡Acabad Montilla!

MONT. (Aterrado.) ¡Por caridad, soltadme!

DUQUE. (Sujetándole.) Decid su nombre.

(Entra Ubeda por el fondo, y se detiene en segundo término.)

MONT. ¿Y me perdonaréis?

DUQUE. (Con desprecio.) Sí.  
¿Quién la calumnia inventó?  
(Montilla ve á Ubeda.)

MONT. (Ap.) ¡Ubeda!  
(Al Duque, señalándole á Ubeda.)

¡Miradle!

UBEDA. (Adelantándose hacia el Duque.) ¡Yo!

DUQUE. (Sorprendido.) ¿Fuisteis vos, Conde?

UBEDA. (Con serenidad.) Yo fui.

## ESCENA XI

EL DUQUE DE GANDIA, EL CONDE DE UBEDA  
y EL MARQUES DE MONTILLA; al final LEONOR

UBEDA. Yo que os odio, y ambiciono heriros en cuanto amáis, y queréis, y respetáis; yo, que en mi odio no perdono, ni vuestra ilusión más bella.

DUQUE. ¡Traidor! (Avanzando hacia Ubeda.)

UBEDA. (Con frialdad rencorosa.) ¿Matar me queréis?

DUQUE. ¡Sí!

UBEDA. Yo á vos. ¿Apetecéis venganza? Yo me ofrezco á ella, y vuestra cólera afronto.

DUQUE. Entonces, ¿á qué esperar?

UBEDA. Sólo me aflige un pesar;

el de mataros tan pronto,

sin miraros deshonorado,

y suplicante, y vencido;

de don Carlos, maldecido;

de la reina, despreciado.

(Aparece Leonor en la puerta de la izquierda; al ver á Ubeda y al Duque, se detiene y escucha.)

La reina, á quien amáis ciego.

¿Verdad?

DUQUE. ¡Sí!

LEONOR. (Aparte.) ¿Qué?

DUQUE. ¡Te lo juro!

¡Ya ves si estaré seguro  
de matarte, que no niego!  
¡A nuestra venganza ahora!

UBEDA. ¡Vamos!

MONT. (Aparte.) ¡Qué horror!

(Ubeda y el Duque se dirigen hacia la izquierda.

Leonor se dirige hacia el Duque.)

LEONOR. (Al Duque, con espanto.) ¡No salgáis!

UBEDA. (Ap.) ¡Ella!

DUQUE. (A Ubeda.) ¡Vamos!

LEONOR. ¿Dónde vais?

DUQUE. ¡Dejadme salir, señora!

(El Duque aparta á Leonor, que retrocede y sale por  
la izquierda con Ubeda.)

MONT. ¡Qué arrojó!... ¡Qué valentía!...

Si yo tuviese un instante,  
uno sólo, ese arrogante  
valor, ¿qué cosas haría?...

## ESCENA XII

LEONOR y el MARQUES DE MONTILLA; luego  
LA EMPERATRIZ ISABEL y FRAY JUAN

LEONOR. (Con desesperación.)

¿Dónde van?... ¿Pero es posible  
lo que imagino? ¡Y yo espero...!

MONT. (Ap.) ¡Nada; se matan!

LEONOR. ¡No quiero

que él muera!... ¡Sería horrible  
que tal llegase á ocurrir!

(Se dirige hacia la cámara de la Emperatriz, á tiem-  
po que salen por la derecha ésta y Fray Juan. Leonor  
exclama, dirigiéndose á la reina.)

¡Oh, salvadle, por favor!

EMP. ¿Qué sucede, Leonor? (Sorprendida.)

LEONOR. De aquí acaban de salir  
juntos, y á batirse van.

EMP. ¿Quién? (Con sorpresa.)

LEONOR. ¡Ubeda y él!

F. JUAN. ¡Gandía!

EMP. (Ap.) ¡Tal vez por mí, Virgen mía!

(Alto. Con ansiedad.)

¿Dónde fueron?... ¿Dónde están?...

(A Montilla.)

Id pronto, y en nombre mío,  
detenedlos donde estén.

(Sale Montilla por el fondo.)

LEONOR. ¿Será tarde? (Mirando por el balcón.)

EMP. (A Fray Juan.) ¡Id vos también!

(Sale Fray Juan por la izquierda.)

¡Santo Dios, en tí confío!

(Leonor escucha las últimas palabras de la Empera-  
triz.)

## ESCENA XIII

LEONOR y LA EMPERATRIZ ISABEL

### MÚSICA

EMP. ¡Santa Virgen protectora, mi fe  
calma, calma mi anhelo!

LEONOR. (Y es por su causa.)  
Señora, ¿qué hacéis?

EMP. Implorar al cielo.

LEONOR. No roguéis, porque no quiere  
del culpable, ruegos Dios.  
Y si el Duque lucha y muere,  
muere, señora, por vos.

EMP. ¿Qué dijisteis? ¿qué pensáis?

LEONOR. Que amáis á Gandía.

EMP. (Con indignación.) ¿Qué?  
Duquesa, á la reina habláis.

LEONOR. A la reina, ya lo sé;  
pero vuestro amor acaba  
de tornarme vuestra igual.  
Que en amor, reina ó esclava,  
la rival, siempre es rival.  
Valla no que hablar me impida.  
En esta hora de dolor,

cuando dispuesto su amor,  
cuando tema por su vida,  
nada me detiene,  
nada he de temer,  
si su amor me falta,  
si me falta él...

EMP. Tu rival no puedo ser,  
que no hay en mi corazón  
vallas para mi deber,  
ni lugar á la traición;  
sólo por salvarle lucho,  
y es tan grande mi deseo,  
que tus insultos no veo;  
ni tus palabras escucho.

—  
Tu angustia disculpa  
tan infame acción;  
por eso á tu insulto  
concedo perdón.

LEONOR. Perdón no reclamo,  
nada he de temer;  
si mi amor me falta,  
si me falta él...

#### ESCENA XIV

LEONOR, LA EMPERATRIZ ISABEL y CORO  
dentro; al final EL DUQUE DE GANDÍA

CORO. (Dentro.)  
Allí viene cabizbajo,  
(Leonor se dirige con ansiedad al balcón, pero antes  
de llegar, se detiene.)  
descompuesto el ademán:  
ya no hay duda, le dió muerte,  
le mató sin piedad.

LEONOR. ¡Viene!

EMP. ¡Viene! ¿Pero cuál?

LEONOR. ¿Será él?

EMP. ¡Vedlo! Yo no puedo  
á su encuentro avanzar.

LEONOR. ¡En salvo! (Luego de mirar por el fondo.)

EMP. ¡En salvo!

(Entran por el fondo el Duque y Fray Juan, dirigiéndose éste donde está la Emperatriz. El Duque se queda en el umbral de la puerta.)

DUQUE. ¡El cielo vengarme dejó!  
Ahora, que ella disponga  
de mi vida y de mi honor.

#### ESCENA XV

LA EMPERATRIZ ISABEL, LEONOR, EL DUQUE  
DE GANDÍA y FRAY JUAN

EMP. Yo pensaba que en palacio,  
que de noble se preció,  
á su reina respetase  
y domara su furor.  
Quien procede de otra suerte,  
quien afrenta este lugar,  
sólo es digno de castigo,  
no merece ni piedad.

DUQUE. Un villano me ofendía,  
y su ofensa castigué;  
en causa que á mi honra toque,  
yo tan sólo soy el juez.

LEONOR. ¡Cuánto la ama!

F. JUAN. ¡Desdichada!

¡Dios la inspire en su deber!

DUQUE. Vuestras órdenes espero,  
de mi vida disponed;  
decidme ya el castigo  
á que soy acreedor.

EMP. Vais á verlo.

(Golpea el tantán, y entra un Paje.)

LEONOR. ¿Qué intenta?

F. JUAN. ¡Su afán bendiga Dios!

EMP. (Al Paje.)

Salid, y que la corte  
venga hasta aquí, mandad.

(Sale el Paje por el fondo.)

Como la afrenta,

- público el castigo será.
- DUQUE. Quiere que todos puedan mirar  
que ella no tiene de mí piedad,  
si á salvo logra su honor poner,  
felíz yo, aunque la muerte,  
por salvarla se me dé.
- EMP. Porque lo exige mi dignidad,  
de él, yo no puedo tener piedad.  
Si á salvo logro mi honor poner,  
felíz yo, aunque me cueste  
la muerte mi deber.
- F. JUAN. Porque lo exige su dignidad  
de él ya no quiere tener piedad.  
Que á salvo logre su honra poner,  
aunque morir le cueste  
cumplir con su deber.
- LEONOR. Quiere que todos puedan mirar,  
que ella no tiene ya de él piedad.  
Si su amor logro yo poseer,  
feliz yo, aunque me cueste  
morir dichosa ser.

### ESCENA XVI

LA EMPERATRIZ ISABEL, LEONOR, EL DUQUE  
DE GANDIA y FRAY JUAN; CORO, por el fondo.

- CORO. ¿Por qué nos llama?  
¿Qué ocurrirá?  
¿Que contra el Duque decidirá?
- EMP. Señor Duque de Gandía  
En castigo á lo que hacéis,  
os ordeno, que mi corte  
desterrado, abandonéis.
- (A Leonor.)  
Señora, á vuestro esposo  
al destierro seguid.
- LEONOR. (¡Perdón!)
- EMP. (Callad y amadle,  
amadle, y sed feliz.)
- CORO. ¡Qué castigo tan tremendo!

- ¡qué destierro tan cruel!  
Mas lo manda, y es forzoso  
á la reina obedecer.
- DUQUE. Venturas de mi vida,  
ensueños de mi amor,  
encanto de mi alma,  
¡adiós por siempre, adiós!
- CORO. Dejadle solo,  
¡no acercarse á él!
- EMP. ¡Salid!
- DUQUE. ¡Cúmplase vuestra  
suprema decisión!
- EMP. Y ahora, ¿quién á mis penas  
dará consuelo?
- F. JUAN. ¡Dios!
- LEONOR, EMP., DUQUE y F. JUAN.  
Venturas de mi vida, etc.
- CORO. Señor Duque de Gandía, etc.

(Leonor y el Duque salen por el fondo. Breve pausa.  
Luego, la Emperatriz se dirige hacia el fondo, pa-  
sando por entre los Cortesanos, que se inclinan ante  
ella.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO